

CAPÍTULO VI

LA POLÍTICA LATINOAMERICANA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

1.- Desde los albores de la revolución misma, la lucidez de los dirigentes revolucionarios cubanos no podía dejar de prever los choques con el imperialismo americano. Y el 4 de febrero de 1962, en la II Declaración de La Habana, sus dirigentes emitieron un programa integral para la revolución antiimperialista en Latinoamérica. Esta declaración de principios fue hecha 10 meses después de la redacción por Ernesto Che Guevara de un documento titulado “*Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista? (9 de abril de 1961)*”, casi dos años después de la victoria revolucionaria.

En ambos casos, la perspectiva planteada es la de una Revolución subcontinental cuya fuerza motriz estaría suministrada por el campesinado dirigido por el proletariado y la intelectualidad revolucionaria. En un contexto mundial de luchas anticoloniales (Vietnam, África negra), la lucha de los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo yanqui formaba parte de la movilización internacional por la destrucción del imperialismo y del colonialismo:

“En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie; está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados. (...) Y ante la realidad objetiva e históricamente inexorable de la revolución latinoamericana, ¿cuál es la actitud del imperialismo yanqui? Disponerse a librar una guerra colonial con los pueblos de América Latina; crear el aparato de fuerza, los pretextos políticos y los instrumentos seudolegales suscritos con los representantes de las oligarquías reaccionarias para reprimir a sangre y fuego la lucha de los pueblos latinoamericanos.”

Queriendo identificar las fuerzas motrices de la Revolución Latinoamericana, y ***haciendo de la Revolución cubana el arquetipo para toda revolución en el subcontinente***, la II Declaración de La Habana afirma que “*si bien es cierto que en los países subdesarrollados de América la clase obrera es en general relativamente pequeña, hay una clase social que, por las condiciones subhumanas en que vive, constituye una fuerza potencial que, dirigida por los obreros y los intelectuales revolucionarios, tiene una importancia decisiva en la lucha por la liberación nacional: los campesinos.*

“En nuestros países se juntan las circunstancias de una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal. Es por eso que con todo lo dura que son las condiciones de vida de los obreros urbanos, la población rural vive aún en más horribles condiciones de opresión y explotación; pero es también, salvo excepciones, el sector absolutamente mayoritario en proporciones que a veces sobrepasa el 70% de las poblaciones latinoamericanas.

“Descontando los terratenientes, que muchas veces residen en las ciudades, el resto de esa gran masa libra su sustento trabajando como peones en las haciendas por salarios misérrimos, o

labran la tierra en condiciones de explotación que nada tienen que envidiar a la Edad Media. Estas circunstancias son las que determinan que en América Latina la población pobre del campo constituya una tremenda fuerza revolucionaria potencial. (...)

“La lucha inicial de reducidos núcleos combatientes, se nutre incesantemente de nuevas fuerzas, el movimiento de masas comienza a desatarse, el viejo orden se resquebraja poco a poco en 1 000 pedazos, y es entonces el momento en que la clase obrera y las masa urbanas deciden la batalla. (...).

“Pero el campesinado es una clase que, por el estado de incultura en que lo mantienen y el aislamiento en que vive, necesita la dirección revolucionaria y política de la clase obrera y los intelectuales revolucionarios, sin la cual no podría por sí sola lanzarse a la lucha y conquistar la victoria.

“En las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que, en nuestras naciones, esa clase, aun cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui, ha sido incapaz de enfrentarse a este, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas. Situadas ante el dilema imperialismo o revolución, solo sus capas más progresistas estarán con el pueblo¹.

*“La actual correlación mundial de fuerzas, y el movimiento universal de liberación de los pueblos coloniales y dependientes, señalan a la clase obrera y a los intelectuales revolucionarios de América Latina su verdadero papel, que es el de situarse resueltamente a la vanguardia de la lucha contra el imperialismo y el feudalismo. (...) **En la lucha antiimperialista y antifeudal es posible vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional (subrayado nuestro, ndr.)**. Estos sectores comprenden la inmensa mayoría de la población, y aglutinan grandes fuerzas sociales capaces de barrer el dominio imperialista y la reacción feudal. En ese amplio movimiento pueden y deben luchar juntos, por el bien de sus naciones, por el bien de sus pueblos y por el bien de América, desde el viejo militante marxista, hasta el católico sincero que no tenga nada que ver con los monopolios yanquis y los señores feudales de la tierra.*

Ese movimiento podría arrastrar consigo a los elementos progresistas de las fuerzas armadas², humillados también por las misiones militares yanquis, la traición a los intereses nacionales de las oligarquías feudales y la inmolación de la soberanía nacional a los dictados de Washington. (...)

La Habana, Cuba, Territorio Libre de América, Febrero 4 de 1962

¹ Así, pues, la II Declaración de la Habana no excluye aún que un sector minoritario de la burguesía “progresista” adhiera a la Revolución.

² La Declaración no descarta pues le presencia de “fuerzas progresistas” de las fuerzas armadas, “humilladas” y sometidas a la “inmolación de las soberanías nacionales a los dictados de Washington”.

Desde el vamos, la perspectiva de la Revolución latinoamericana es una **revolución popular antiimperialista** que debiera arrastrar a la inmensa mayoría de los pueblos latinoamericanos, excluyendo a las pequeñas minorías nacionales vendidas al imperialismo.

2.- El documento precedente de Ernesto Che Guevara hace gala de mayor lucidez histórica, poniendo en guardia contra el intento de generalizar mecanicistamente las “lecciones” de la Revolución cubana. En él, Guevara afirma que

“También existieron ciertas condiciones (...) que difícilmente serán aprovechables de nuevo por otros pueblos, porque el imperialismo, al contrario de algunos grupos progresistas, sí aprende con sus errores.

“La condición que pudiéramos calificar de excepción, es que el imperialismo norteamericano estaba desorientado y nunca pudo aquilatar los alcances verdaderos de la Revolución cubana. (...). Antes del triunfo, sospechaban de nosotros, pero no nos temían (...) Cuando quiso reaccionar el imperialismo, cuando se dio cuenta que el grupo de jóvenes inexpertos que paseaban en triunfo por las calles de La Habana, tenía una amplia conciencia de su deber político y una férrea decisión de cumplir con ese deber, ya era tarde. (...)

“No creemos que se pueda considerar excepcional el hecho de que la burguesía, o, por lo menos, una buena parte de ella, se mostrara favorable a la guerra revolucionaria contra la tiranía, al mismo tiempo que apoyaba y promovía los movimientos tendientes a buscar soluciones negociadas que les permitieran sustituir el gobierno de Batista por elementos dispuestos a frenar la Revolución.

“Teniendo en cuenta las condiciones en que se libró la guerra revolucionaria y la complejidad de las tendencias políticas que se oponían a la tiranía, tampoco resulta excepcional el hecho de que algunos elementos latifundistas adoptaran una actitud neutral o, al menos, no beligerante hacia las fuerzas insurreccionales.

“Es comprensible que la burguesía nacional, acogotada por el imperialismo y por la tiranía, cuyas tropas caían a saco sobre la pequeña propiedad y hacían del cohecho un medio diario de vida, viera con cierta simpatía que estos jóvenes rebeldes de las montañas castigaran al brazo armado del imperialismo, que era el ejército mercenario.

“Así, fuerzas no revolucionarias ayudaron de hecho a facilitar el camino del advenimiento del poder revolucionario. (...)

“A pesar de su espíritu pequeñoburgués, el campesino aprende pronto que no puede satisfacerse su afán de posesión de la tierra, sin romper el sistema de la propiedad latifundista. La reforma agraria radical, que es la única que puede dar la tierra al campesino, choca con los intereses directos de los imperialistas, latifundistas y de los magnates azucareros y ganaderos. La burguesía teme chocar con esos intereses. El proletariado no teme chocar con ellos. De este modo, la marcha misma de la Revolución une a los obreros y a los campesinos. Los obreros sostienen la reivindicación contra el latifundio. El campesino pobre, beneficiado con la propiedad de la tierra, sostiene lealmente al poder revolucionario y lo defiende frente a los enemigos imperialistas y contrarrevolucionarios.

“Creemos que no se puede alegar más factores de excepcionalismo”.

Y Guevara insiste en la dificultad de generalizar y absolutizar las condiciones histórica de la Revolución cubana que vio a un sector de la burguesía cubana apoyar la revolución castrista.

“Si todas estas condiciones que se han dado en Cuba se pretendieran aplicar en los demás países de América Latina, en otras luchas por conquistar el poder para las clases desposeídas, ¿qué pasaría? ¿sería factible o no? Si es factible, ¿sería más fácil o más difícil que en Cuba? Vamos a exponer las dificultades que a nuestro parecer harán más duras las nuevas luchas revolucionarias de América Latina (...)

“Esto quiere decir que el imperialismo ha aprendido a fondo la lección de Cuba, y que no volverá a ser tomado por sorpresa en ninguna de nuestras veinte repúblicas, en ninguna de las colonias que todavía existen, en ninguna parte de América Latina. Quiere decir esto que grandes luchas populares contra poderosos ejércitos de invasión aguardan a los que pretendan ahora violar la paz de los sepulcros, la paz romana. Importante, porque, si dura fue la guerra de liberación cubana con sus dos años de continuo combate, zozobra e inestabilidad, infinitamente más duras serán las nuevas batallas que esperan al pueblo en otros lugares de América Latina.

“Los Estados Unidos apresuran la entrega de armas a los gobiernos títeres que ve más amenazados; los hace firmar pactos de dependencia, para hacer jurídicamente más fácil el envío de instrumentos de represión y de matanza y tropas encargadas de ello. Además, aumenta la preparación militar de los cuadros en los ejércitos represivos, con la intención de que sirvan de punta de lanza eficiente contra el pueblo.

“¿Y la burguesía? se preguntará. Porque en muchos países de América Latina existen contradicciones objetivas entre las burguesías nacionales que luchan por desarrollarse y el imperialismo que inunda los mercados con sus artículos para derrotar en desigual pelea al industrial nacional, así como otras formas o manifestaciones de lucha por la plusvalía y la riqueza.

“No obstante estas contradicciones las burguesías nacionales no son capaces, por lo general, de mantener una actitud consecuente de lucha frente al imperialismo.

“Demuestra que temen más a la revolución popular, que a los sufrimientos bajo la opresión y el dominio despótico del imperialismo que aplasta a la nacionalidad, afrenta el sentimiento patriótico y coloniza la economía.

“La gran burguesía se enfrenta abiertamente a la revolución y no vacila en aliarse al imperialismo y al latifundismo para combatir al pueblo y cerrarle el camino a la Revolución.

“Un imperialismo desesperado e histérico, decidido a emprender toda clase de maniobra y a dar armas y hasta tropas a sus títeres para aniquilar a cualquier pueblo que se levante; un latifundismo feroz, inescrupuloso y experimentado en las formas más brutales de represión y una gran burguesía dispuesta a cerrar, por cualquier medio, los caminos a la revolución popular, son las grandes fuerzas aliadas que se oponen directamente a las nuevas revoluciones populares de la América Latina.

“Tales son las dificultades que hay que agregar a todas las provenientes de luchas de este tipo en las nuevas condiciones de América Latina, después de consolidado el fenómeno irreversible de la Revolución cubana.

“Hay otras más específicas. Los países que, aún sin poder hablar de una efectiva industrialización, han desarrollado su industria media y ligera o, simplemente, han sufrido procesos de concentración de su población en grandes centros, encuentran más difícil preparar guerrillas. Además la influencia ideológica de los centros poblados inhibe la lucha guerrillera y da vuelo a luchas de masas organizadas pacíficamente.

“Esto último da origen a cierta “institucionalidad”, a que en períodos más o menos “normales”, las condiciones sean menos duras que el trato habitual que se da al pueblo.

“Llega a concebirse incluso la idea de posibles aumentos cuantitativos en las bancas congresionales de los elementos revolucionarios hasta un extremo que permita un día un cambio cualitativo”.

“Esta esperanza, según creemos, es muy difícil que llegue a realizarse, en las condiciones actuales, en cualquier país de América Latina. Aunque no esté excluida la posibilidad de que el cambio en cualquier país se inicie por vía electoral, las condiciones prevalecientes en ellos hacen muy remota esa posibilidad.

“Los revolucionarios no pueden prever de antemano todas las variantes tácticas que pueden presentarse en el curso de la lucha por su programa liberador. La real capacidad de un revolucionario se mide por el saber encontrar tácticas revolucionarias adecuadas en cada cambio de la situación, en tener presente todas las tácticas y en explotarlas al máximo. Sería error imperdonable desestimar el provecho que puede obtener el programa revolucionario de un proceso electoral dado; del mismo modo que sería imperdonable limitarse tan solo a lo electoral y no ver los otros medios de lucha, incluso la lucha armada, para obtener el poder, que es el instrumento indispensable para aplicar y desarrollar el programa revolucionario, pues si no se alcanza el poder, todas las demás conquistas son inestables, insuficientes, incapaces de dar las soluciones que se necesitan, por más avanzadas que puedan parecer.

“Y cuando se habla de poder por vía electoral nuestra pregunta es siempre la misma: si un movimiento popular ocupa el gobierno de un país por amplia votación popular y resuelve, consecuentemente, iniciar las grandes transformaciones sociales que constituyen el programa por el cual triunfó, ¿no entraría en conflicto inmediatamente con las clases reaccionarias de ese país?, ¿no ha sido siempre el ejército el instrumento de opresión de esa clase? Si es así, es lógico razonar que ese ejército tomará partido por su clase y entrará en conflicto con el gobierno constituido. Puede ser derribado ese gobierno mediante un golpe de estado más o menos incruento y volver a empezar el juego de nunca acabar; puede a su vez, el ejército opresor ser derrotado mediante la acción popular armada en apoyo a su gobierno; lo que nos parece difícil es que las fuerzas armadas acepten de buen grado reformas sociales profundas y se resignen mansamente a su liquidación como casta”.

A pesar de preocupación de Guevara por poner en guardia a los revolucionarios latinoamericanos contra la absolutización de las condiciones que se dieron en Cuba, Guevara pasa a precisar cuál debe ser el teatro de la lucha revolucionaria, retomando para ello el ejemplo cubano, ***elevando una vez más la guerra de guerrillas campesinas a arquetipo de guerra revolucionaria*** :

“Apuntado ya que las condiciones se completan mediante el ejercicio de la lucha armada, tenemos que explicar una vez más que el escenario de esa lucha debe ser el campo, y que, desde el campo, con un ejército campesino que persigue los grandes objetivos por los que debe luchar el campesinado (el primero de los cuales es la justa distribución de la tierra), tomará las ciudades. Sobre la base ideológica de la clase obrera (...), la clase campesina de América Latina dará el gran ejército libertador del futuro, como lo dio ya en Cuba. Ese ejército creado en el campo, en el cual van madurando las condiciones subjetivas para la toma del poder, que va conquistando las ciudades desde afuera, uniéndose a la clase obrera y aumentando el caudal ideológico con esos nuevos aportes, puede y debe derrotar al ejército opresor en escaramuzas, combates, sorpresas, al principio; en grandes batallas al final, cuando haya crecido hasta dejar su minúscula situación de guerrilla para alcanzar la de un gran ejército popular de liberación. Etapa de la consolidación del poder revolucionario será la liquidación del antiguo ejército, como apuntáramos arriba”.

*“(...) En cuanto a lo que antes nos referimos de las grandes concentraciones urbanas, nuestro modesto parecer es que, aun en estos casos, en condiciones de atraso económico, puede resultar aconsejable desarrollar la lucha fuera de los límites de la ciudad, con características de larga duración. Más explícitamente, la presencia de un foco guerrillero en una montaña cualquiera (**¡sic!**), en un país con populosas ciudades, mantiene perenne el foco de rebelión, pues es muy difícil que los poderes represivos puedan rápidamente, y aun en el curso de años, liquidar guerrillas con bases sociales asentadas en un terreno favorable a la lucha guerrillera donde existan gentes que empleen consecuentemente la táctica y la estrategia de este tipo de guerra.*

“Es muy diferente lo que ocurriría en las ciudades; puede allí desarrollarse hasta extremos insospechados la lucha armada contra el ejército represivo pero, esa lucha se hará frontal solamente cuando haya un ejército poderoso que lucha contra otro ejército; no se puede entablar una lucha frontal contra un ejército poderoso y bien armado cuando solo se cuenta con un pequeño grupo.

“(...) Luego, la lucha en las grandes ciudades debe iniciarse por un procedimiento clandestino para captar los grupos militares o para ir tomando armas, una a una en sucesivos golpes de mano”.

LA OLAS

3.- El punto políticamente culminante de la democracia revolucionaria latinoamericana estuvo constituido por la Primera Conferencia de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) de julio de 1967. De acuerdo con su convicción de la homogeneidad de las condiciones de la revolución latinoamericana antiimperialista, Cuba incentivó el desarrollo de

los movimientos armados, esforzándose por unificar los *principios* de la democracia revolucionaria³.

Las Tesis, Resoluciones y Declaraciones de la OLAS plantean el alcance y el carácter continental de la revolución latinoamericana, deduciendo una estrategia general orientada por el principio de la violencia insurreccional, fundamentando esta estrategia en la uniformidad de condiciones generales determinadas por la dominación del imperialismo sobre una estructura social caracterizada por el arcaísmo del sector agrario, sofocado por el peso retrógrado del latifundio.

Con esta visión histórica formularon un principio cardinal de la revolución :

*“El primer objetivo de la revolución popular en el Continente es la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático y militar el Estado y su reemplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen social y económico existente; dicho objetivo sólo es alcanzable a través de la lucha armada”*⁴, añadiendo que esta lucha armada deberá enfrentar a *“los ejércitos y las oligarquías y aun a las propias fuerzas armadas del imperialismo que están dispuestas a intervenir como lo demuestra la experiencia dominicana”*⁵.

Para ello fueron llevados a definir el papel de las clases sociales, y a plantear correctamente este problema crucial de la lucha de clases a nivel de toda Latinoamérica.

La OLAS tuvo el inmenso mérito de rechazar la concepción menchevique difundida por el reformismo estalinista en toda América Latina⁶, definiendo a las burguesías nacionales como incapaces de energía revolucionaria a escala continental, a las que acusaron de *“desempeñar el papel de lacayos del imperialismo”*⁷.

Excluyendo tajantemente a la burguesía de las filas revolucionaria, la alineación de clases fue definida así : *“En última instancia, las contradicciones de clase se polarizan en dos extremos:*

³ Las citas han sido extraídas de la revista cubana *Política Internacional*, n° 19, tercer trimestre de 1967. Las Tesis de la delegación cubana fueron tomadas de la versión francesa publicada en *Cahiers Libres*, n° 106-107, F. Maspéro, 1967.

⁴ *Declaración general*, p.237.

⁵ *Resolución general sobre el punto I de la agenda*, p. 178.

⁶ Además del Partido Comunista cubano, sólo el PC uruguayo participó en la Conferencia de la OLAS. El representante chileno V. Teitelboim, representó al Frente de Acción Popular y no al PC chileno.

⁷ *Tesis de la delegación cubana*, p. 59. *“La llamada burguesía latinoamericana, por su origen, por su vinculación e incluso por sus relaciones familiares con terratenientes forma parte de las oligarquías que gobiernan en nuestra América y resulta, por tanto, incapaz de obrar con independencia. Su inconformidad no se materializa más allá de los límites que le impone el imperialismo: una demagogia reformista que, como en el caso de la democracia cristiana chilena, ha fracasado estruendosamente”* (*Resolución general*, op.cit., p. 177)

*por una parte, los obreros, los trabajadores agrícolas, los sectores fundamentales de los intelectuales progresistas y del estudiantado, y, por otra, la oligarquía nativa : burgueses y dueños de la tierra. De este forma se desarrolla en el continente latinoamericano la compleja trama de la lucha de clases, lucha que consecuentemente ha de resolverse a favor de los oprimidos, siempre que estos sean conducidos a la lucha por una vanguardia consecuente, surgida de su seno”.*⁸

En la primera Conferencia de la OLAS, los revolucionarios cubanos – y con ellos los revolucionarios antiimperialistas latinoamericanos – confirmaron una vez más la elevación de la guerra de guerrillas a clave de la victoria revolucionaria : *“La guerrilla como embrión de los ejércitos de liberación constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria”*. *“La Conferencia ha dejado esclarecido que, siendo la lucha armada la vía fundamental, es igualmente necesario emplear otras formas de lucha, siempre que se encuentren en desarrollo o tengan por objetivo ayudar a desarrollar la que se estima principal (o sea, la lucha armada, ndr). Las formas de lucha sólo tendrían un valor revolucionario en el medida en que contribuyan al desarrollo hacia las formas más altas de la lucha de clases”*.

La concepción de la revolución latinoamericana de los revolucionarios castristas es fundamentalmente militarista. El alfa y el omega de esta visión de la revolución es el de la acumulación de fuerzas militaristas, acumulación a la que todo debe estar subordinado.

Aquí estamos muy alejados del marxismo. El marxismo ve en la revolución un proceso de formación de falanges sociales proletarias (e incluso populares en el caso de las revoluciones antiimperialistas) que forman las fuerzas que han de provocar la lucha suprema por el poder, lucha que, por supuesto, debe tener su reflejo en el terreno de la lucha armada. Pero la visión marxista del proceso revolucionario no es el de una acumulación continua de fuerzas armadas antagonistas, que, en un momento dado, crea las condiciones de una victoria militar.

Para un tratamiento sintético, pero profundizado y eficaz, de la cuestión de la lucha armada del proletariado, el lector podrá consultar útilmente el capítulo “El armamento del proletariado” del libro de Alessandro Mantovani: *“Los Arditi del Popolo, el Partido Comunista de Italia y la cuestión de la lucha armada (1921-1922), publicado en este blog”*⁹. El tratamiento de esta cuestión está basado en las experiencias de las revoluciones rusas de 1905 y 1917, en la experiencia de la posguerra alemana y en la lucha contra el fascismo.

⁸ Ibidem, , pp. 177-178.

⁹ <https://pasadoypresentedelmarxismorevolucionariohome.files.wordpress.com/2020/06/alessandro-mantovani-extractos-de-su-libro-sobre-la-lucha-armada-el-pc-de-italia-y-los-arditi-del-popolo-1921-1922-1.pdf>

MARXISMO, LUCHA ARMADA Y GUERRA DE GUERRILLAS

4.- Lejos de todo pacifismo y de toda renegación del papel de la guerra de guerrillas en la lucha de clases, Lenin dio una clase magistral de marxismo en su artículo “La guerra de guerrillas” de 1906 :

El marxismo, totalmente hostil a todas las fórmulas abstractas, a todas las recetas doctrinas, exige que se preste mucha atención a la lucha de masas en curso que, con el desarrollo del movimiento, el crecimiento de la conciencia de las masas y la agudización de las crisis económicas y políticas, engendra constantemente nuevos y cada vez más diversos métodos de defensa y ataque. Por esto, el marxismo no rechaza categóricamente ninguna forma de lucha. El marxismo no se limita, en ningún caso, a las formas de lucha posibles y existentes sólo en un momento dado, admitiendo la aparición inevitable de formas de lucha nuevas, desconocidas de los militantes de un período dado, al cambiar la coyuntura social. El marxismo, en este sentido, aprende, si puede decirse así, de la práctica de las masas, lejos de pretender enseñar a las masas formas de lucha inventadas por "sistematizadores" de gabinete. (...) Querer responder sí o no a propósito de un determinado procedimiento de lucha, sin examinar en detalle la situación concreta de un movimiento dado, la fase dada de su desenvolvimiento, significa abandonar completamente la posición del marxismo.

En cuanto a la guerra de guerrillas, Lenin afirma que *“La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos considerables entre "grandes batallas" de la guerra civil. (...) [El] partido del proletariado no puede nunca considerar la guerra de guerrillas como el único, ni siquiera como el principal procedimiento de lucha; que este procedimiento debe estar subordinado a los otros, debe ser proporcionado a los procedimientos esenciales de lucha (subrayado de la redacción) (...)*

Las formas de lucha de la revolución rusa, comparadas con las revoluciones burguesas de Europa, se distinguen por su extraordinaria variedad. Kautsky lo había previsto en parte cuando decía en 1902 que la futura revolución (tal vez con excepción de Rusia, añadía) sería no tanto una lucha del pueblo contra el gobierno, como una lucha entre dos partes del pueblo. En Rusia vemos que esta segunda lucha toma indudablemente un desarrollo más extenso que en las revoluciones burguesas de Occidente. Los enemigos de nuestra revolución son poco numerosos entre el pueblo, pero se organizan más y más a medida que la lucha se agudiza y reciben apoyo de las capas reaccionarias de la burguesía. Es, pues, completamente natural e inevitable que en una época semejante, en una época de huelgas políticas en escala nacional, la insurrección no puede adoptar la antigua forma de actos aislados, limitados a un lapso de tiempo muy breve y a una zona muy reducida. Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada y que abarca a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Semejante guerra no puede concebirse más que como una serie de pocas grandes batallas, separadas unas de otras por intervalos relativamente considerables y una gran cantidad de pequeños encuentros librados durante estos intervalos. Si esto es así -- y lo es sin duda --, la socialdemocracia debe sin falta plantearse la tarea de constituir organizaciones que sean lo más aptas posibles para dirigir a las masas en estas grandes batallas y, en lo posible, en estos pequeños encuentros. La socialdemocracia debe proponerse, en la época en que la lucha de clases se agudiza hasta llegar a la guerra civil, no solamente tomar parte en esta guerra civil, sino también desempeñar

la función dirigente en ella. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones para que realmente sean capaces de actuar como una parte beligerante, no dejando pasar ninguna ocasión de asestar un golpe a las fuerzas del adversario.

Ahora bien, los revolucionarios castristas hicieron de la guerra de guerrillas el nec plus ultra de toda lucha revolucionaria, el criterio fundamental del accionar de las vanguardias, *independientemente de todo análisis concreto de la realidad concreta.*

El proletariado y los revolucionarios latinoamericanos pagarán muy caro esa ausencia de análisis concreto de la realidad concreta y la absolutización de la lucha armada como criterio supremo y prácticamente único de la acción revolucionaria.

EL OCASO DE LA POLÍTICA LATINOAMERICANA DE LA REVOLUCIÓN CUBANA

5.- Ocho años más tarde, el 13 de junio de 1975, se clausuraba en La Habana la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina del Caribe con la participación de todos los partidos “comunistas (léase estalinistas, ndr)” de Latinoamérica. En esta conferencia, todos y cada uno de los principios revolucionarios de la OLAS fueron desmentidos, signando el alineamiento del castrismo sobre las posiciones no revolucionarias del estalinismo.

“Las fuerzas del proceso social y político son diferentes en los países de América Latina, así como el grado de participación de los sectores populares, en lo que concierne el modo directo de conducir las transformaciones política y sociales. (...). El contenido de clase no es el mismo pero todo denota una nueva realidad en nuestro continente en que las posibilidades de lucha por la formación de gobiernos democráticos decididos a afrontar el imperialismo y llevar adelante una política social avanzada, son cada vez más numerosas”¹⁰.

Aquí estamos en presencia de múltiples vías nacionales al antiimperialismo latinoamericano, abjurando los principios de la OLAS. Y los ejemplos de esas nuevas vías revolucionarias estarían dadas ... por la toma del poder en Perú, el 3 de octubre de 1968 por las fuerzas armadas peruanas (gobierno de Velasco Alvarado de octubre 1968 a agosto de 1975); la toma del poder en Panamá “el 11 de octubre de 1968 por la Guardia Nacional; la toma del poder por “las FFAA de Ecuador en febrero de 1972”¹¹, haciendo de las Guardias nacionales vectores del antiimperialismo latinoamericano.

El punto culminante de la lucha por la formación de gobiernos democráticos antiimperialistas era, naturalmente el “éxito del movimiento obrero y popular de Chile que conquistó el poder

¹⁰ *Cahiers du Communisme*, septembre de 1975, n° 9, p. 94.

¹¹ *Ibidem*, p.93-94.

en las elecciones presidenciales de 1970, dando al proceso revolucionario latinoamericano “toda su dimensión”¹².

Dejamos de lado la sorprendente afirmación de la conquista del poder gracias a las elecciones en Chile en 1970, engaño que las masas pagaron con miles de militantes y combatientes asesinados. Los mencheviques latinoamericanos renegaban no solamente la estrategia revolucionaria de la OLAS, sino que rechazaban la revolución misma, reemplazada por golpes palaciegos de las FFAA y por elecciones parlamentarias que dejaban intacto el Estado defensor de los intereses de aquella que la OLAS llamaba “la Santa Alianza de la reacción”. De ahí a reconocer a las burguesías latinoamericanas potencialidades antiimperialistas, no había más que un paso : *“Esa realidad histórica no significa que no existan, en el seno de la burguesía latinoamericana, sectores que, ante la contradicción de sus intereses con los del imperialismo, adoptan distintas posiciones, análogas (!) a las del proletariado, de los campesinos y de las otras capas no capitalistas de la población en la lucha antiimperialista”*¹³.

Naturalmente, este reconocimiento del papel antiimperialista de sectores burgueses iba a la par del reconocimiento del carácter indispensable de la democracia burguesa :

*“La utilización de todas las posibilidades legales es una obligación ineluctable para las fuerzas antiimperialistas; la defensa del derecho de los pueblos a decidir por la vía democrática (electoral-parlamentaria, ndr) las transformaciones que ellos reclaman es un principio permanente de nuestra lucha”*¹⁴. Así, pues, la historia quería que el parlamentarismo latinoamericano, que es un instrumento del imperialismo, del latifundio y de la oligarquía, debería ser defendido *por principio* por las fuerzas revolucionarias. El ejemplo de semejante absurdo sería nada menos que el Chile de Salvador Allende: *“La experiencia chilena prueba claramente que el movimiento revolucionario no puede despreciar ninguna de las vías de acceso al poder”*¹⁵. *“Y el [movimiento revolucionario] debe estar listo para defender estas conquistas democráticas por las fuerzas de las armas”*.

Esa pseudo-verborragia revolucionaria de los reformistas que prometían una respuesta violenta de las masas si “la reacción osase quebrar el orden democrático” merecen los sarcasmos de Trotsky :

“Las promesas heroicas de una resistencia fulminante (...) no valen un bledo. No se puede adormecer cotidianamente a las masas con la verborrea de la transición, pacífica, indolora, legal, parlamentaria, democrática, al socialismo [pero esto vale para toda revolución, ndr] y después llamarlas a la resistencia armada, al primer intento serio. Esta es la mejor manera de facilitar a la reacción la derrota del proletariado. Para mostrarse capaz de una resistencia

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*, p. 103.

¹⁴ *Ibidem*, p. 106.

¹⁵ *Ibidem*, p. 95.

revolucionaria, las masa deben estar preparadas, materialmente, así como en el terreno de las ideas y de la organización. Ellas deben comprender la ineluctabilidad de la agravación de la lucha de clases y su transformación en guerra civil en una fase dada. Es necesario combatir cotidianamente las ilusiones conciliadoras; es decir, declarar una guerra a muerte contra las funestas concepciones de Mac Donald. Así, y sólo así, se plantea la cuestión”¹⁶.

El ocaso de la trayectoria latinoamericana del castrismo ha sido el fruto del “ablandamiento” resultante de las presiones del imperialismo ruso, del aislamiento de Cuba, de la necesidad de romper el cerco impuesto por el imperialismo americano, y tratar de aprovechar los tímidos intentos de las burguesías reformistas de los años 70. Este “ablandamiento” se transformó, con la Declaración de septiembre de 1975, en abjuración formal de aquella tradición revolucionaria de la que Ernesto Che Guevara quedará el símbolo.

A MODO DE EPÍLOGO

6.- La revolución cubana de enero de 1959 fue una revolución nacional democrática burguesa clásica. Su radicalización ulterior, con la ruptura de su frente de clases interno fue la consecuencia directa del enfrentamiento con el imperialismo americano. Teniendo en sus manos los resortes del poder, los revolucionarios castristas transformaron una revolución democrática burguesa clásica en una **revolución antiimperialista popular** con el apoyo de las grandes masas de la población, volviéndose el portaestandarte de una **revolución continental**.

En un contexto influenciado ideológicamente por factores geopolíticos internacionales, la revolución castrista se revistió con los oropeles de una revolución socialista imposible de realizar en un país atrasado. La ecuación de clases de semejante “revolución socialista” sería desde entonces el de las grandes masas campesinas dirigidas por un mítico proletariado muy minoritario y por la intelectualidad revolucionaria.

El confusionismo ideológico provocado por esta situación dio lugar a polémicas económicas y sociales entre la dirigencia misma de la revolución castrista que expresaban intereses sociales contrapuestos. Estos enfrentamientos terminaron por llevar a la alineación ideológica y política de la dirección cubana con el “comunismo moscovita”, tanto en el terreno internacional (la aceptación de las “vías nacionales al socialismo”) como en el terreno interno (con la aceptación de las “vías mercantiles al socialismo”, con todo lo que ello implica de *aceptación del capitalismo a secas*.

Este proceso involucionarlo de la revolución popular antiimperialista ha sido producto de la *ausencia de fuerzas revolucionarias proletarias a escala internacional, Cuba debió recostarse*

¹⁶ Trotsky, « *Où va l'Angleterre* », ed. Antrhopos, Paris, 1971, p.119.

sobre fuerzas no revolucionarias, como la URSS y los partidos “comunistas” moscovitas (amén de otras fuerzas reformistas) para no ser sumergida en su lucha a muerte contra el imperialismo americano,

Cabe preguntarse cuál hubiera sido el destino de Cuba en presencia de un fuerte movimiento comunista mundial y de países verdaderamente socialistas, en presencia de una lucha intransigente entre el proletariado mundial y la burguesía internacional.

Es bien sabido que la pequeña burguesía oscila según las relaciones de fuerza entre el proletariado y la burguesía, y el despotismo del imperialismo es un factor de peso, en condiciones favorables, para que la pequeña burguesía sea arrastrada por el proletariado revolucionario (la única clase que no tiene intereses mezquinos que defender). Es altamente factible que en ese caso al menos un sector de los revolucionarios cubanos hubiera terminado por adherir al comunismo revolucionario, al marxismo, y hubiese adherido al “bloque socialista”, en lugar de adherir al COMECON y a declaraciones de principios que terminaron por alejarla de la trayectoria que hizo de ella el arquetipo del antiimperialismo. Las polémicas de Ernesto Che Guevara con la política económica de la URSS van en ese sentido, confirmando que para las pequeñas naciones no existe salud ni vía de salvación independiente.

En cuanto a la involución de su política internacional, la radicalidad cubana hubiese encontrado en el proletariado mundial un baluarte de su antiimperialismo visceral, sin compromisos con “vías pacíficas al socialismo” y otras “vías intermedias” que terminaron por sumergirla.

Cuba cumplió hasta 1975 con su deber internacionalista y antiimperialista. Y a pesar de sus retrocesos, hasta el día de hoy ha resistido a los diktats del imperialismo americano. Fue desgraciadamente el proletariado mundial quien no pudo aportarle el apoyo que se titánica lucha requería.